

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

3.^a ÉPOCA.
1883.-Año VII.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 6.º
Dia 8 de Mayo.

SUMARIO.

La oracion, por Maria Hurtado.—El proscripto, poesia por J. R.—Un Mar sin Puerto, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades, por E.—Seccion Doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA ORACION.

La oracion, esta virtud purísima y sublime que enternece y vivifica, que conforta y arrebatata el espíritu entre las misteriosas álas de la fé, de la esperanza y de la caridad, hasta los espacios infinitos en que está colocado el sòlio del Eterno, ha sido y es frecuentemente vulnerada por muchos seres que, no practicándola, no pueden por lo mismo comprenderla ni avalorarla en todo su precio.

La oracion, verdaderamente hablando: no es un mandato expreso de la ley divina del Decálogo; mas bien puede considerarse como un precepto que el divino Jesus impuso con el sello de su amor á todos los cristianos católicos, en estas palabras que dirigió á sus apósto-

les: «velad y orad para que no entreis en tentacion.»

Solo por haberlo hecho el Redentor de los hombres, debiera orar todo católico; puesto que el que se jacta de creer en El, debe creer tambien sus palabras, y cual las cree practicarlas.

El verdadero católico comprende todo el valor de la oracion y la necesidad que tiene de ella; porque la oracion es precisa al hombre, como el agua que apaga su sed y el alimento que le sustenta.

Despreciar estas auras divinas que olean nuestro espíritu y refrescan nuestro corazon, seria arrojar el arma que defiende nuestra vida eterna, y entregarnos en brazos de nuestro cruel enemigo.

Por otra parte, la oracion es un sentimiento espontáneo de todos los corazones sencillos, de todas las almas rectas, de todos los espíritus pensadores.

Si dirigimos nuestra vista hácia el hermoso pabellon de los cielos, ora sea cuando el Sol en su precipitada carrera escribe con le-

tras de fuego el nombre del que le dió la existencia: ora sea cuando millares de resplandecientes luceros bordan los interminables y azulados espacios; un instinto secreto apasionado y ardiente, nos hace exclamar: Dios es grande.

Si por el contrario, estendemos nuestra mirada sobre la afombra de flores que hollamos con nuestra planta, su grandeza se vé escrita en las delicadas yerbas, en el capullo encendido de la rosa, y en el nevado cáliz de la poética azucena, y el mismo anhelo interior nos hace repetir: Dios es grande, inmensamente grande: palabras que han pronunciado cien generaciones, y que siguen repitiendo y repetirán incesantemente todos los seres creados. Al reflexionar el hombre sobre las obras de Dios, halla en todas ellas el destello de su mano omnipotente, la sabiduría y prevision infinita, con que las conserva y gobierna, y al conocerle de este modo, le admira; y al admirarle le adora; y al adorarle le teme y ama, conociendo al propio tiempo la obligacion ó necesidad que tiene de agradecerle con su tierno amor los inmensos beneficios que el Ser Supremo le ha dispensado; cuánto necesita su amparo para no desagradarle, y cómo debe implorar de su bondad el perdon si ha tenido la desgracia de ofenderle.

De modo, que solo la contemplacion de las obras de la naturaleza hace brotar la oracion de nuestros lábios, porque ésta no es otra cosa que una elevacion interior del espíritu en que el hombre se liga con los lazos mas delicados y suaves al Ser infinito á quien debe la existencia. Sea la oracion mas ó menos perfecta, nunca dejará de merecer tal nombre, aun el mas mínimo pensamiento que se dirija á Dios con espíritu recto y sencillo.

Hay muchos hombres, pretendidos espíritus fuertes de nuestra época, que se creen degradados al doblar su rodilla en los templos cristianos, como si el humillarse ante Dios fuera una debilidad.

Nosotros compadecemos con toda nuestra alma á los desgraciados que piensan de este modo, porque si dentro de la esfera de la so-

ciudad humana, los hijos tienen la imprescindible obligacion de someterse á la voluntad de sus padres, no es menos grande la obligacion que tiene el hombre de humillarse ante su Dios.

Además, esto no debiera avergonzarle, toda vez que la oracion exterior solo es una realizacion con que demostramos nuestro amor y sumision interior al Ser infinito, cuya sublime grandeza estudiamos en sus obras.

La oracion nada tiene de material ni grosero, es nobilísima y tierna como el espíritu de que procede y por lo mismo debe hallarse en todos los corazones que blasonen de ideas nobles y elevadas.

Sin embargo, algunos la rechazan diciéndolo: «el que reza mucho es señal de que mucho teme», y eso no es cierto: ni pasa de ser una frase vulgar, que indica la nulidad del pensamiento que así discurre, y la soberbia del que así piensa justificar su culpable abandono.

Sabido es que el hombre posee siempre en el fondo de su corazon cierto temor de esa justicia inexorable, que un día ha de premiar ó castigar sus acciones; pero si solo por temor se hubiese de orar, ¿hubiera orado Jesucristo que era la pureza por esencia, y que como Dios, sabia la gloria inmensa que estaba reservada á su humanidad Santísima.

Jesucristo, pues, oró para enseñar á los hombres cuán necesaria les es la oracion.

Ella ha sido siempre la que, al propio tiempo que triunfa del abismo, arranca los mas ricos tesoros de las celestes alturas; presenta ante el trono del Eterno las súplicas y lágrimas de los dolores humanos, y vuelve cual callada y misteriosa emisaria á derramar sobre el alma dolorida los inefables consuelos de la santa esperanza.

¡Oh! la oracion debiera perfumar todas las almas y su nombre merece grabarse con letras de oro en todos los corazones.

¡Oracion! flor misteriosa y bendita concebida en el pensamiento infinito de Dios; humildísima violeta desprendida de los augustos lábios de Jesus en la noche terrible de su dolor,

yo te amo y te venero y con toda la efusion de mi alma repito con algunos profundos escritores: «jamás es mas grande el hombre que cuando está de rodillas.»

Maria Hurtado.

El Proscripto.

Sobre la tendida alfombra de la vega solitaria, que rosas de Jericó guarnecen, bordan y esmaltan,

La cima de un montecillo descuella erguida y galana con su corona de flores y su manto de esmeralda.

Como el pino que, orgulloso de sus poderosas ramas, entre el bosque de sabinas la verde copa levanta.

Por las auras de la vega blandamente acariciada, gallarda como ella sola hay en el monte una palma.

Cuyas verdinegras hojas, corbas, duras y afiladas, parecen, vista de lejos, damasquinas cimitarras.

A su sombra, y apoyado en la poderosa lanza, hay un guerrero, mancebo, y de la raza africana.

El turbante abencerrage, signo de noble prosapia, entre cendales azules ciñe su frente tostada.

Que es buen guerrero publican sus mejillas abrasadas por el sol del mediodía y el polvo de las batallas.

Y allí está solo, y rendido al peso de su desgracia, y como un niño sin madre llora lágrimas del alma.

¡Ay! á través de ese llanto que sus tristes ojos baña vé de lejos á Antequera, y es Antequera su patria.

Y mira los arrayanes,

á cuya sombra adorada sintió del amor primero en su corazón la llama.

Y sin apartar sus ojos de la ciudad encantada, así le dice, y suspira entre lágrimas amargas.

«Antequera, que pareces con tus torres y tus casas de mirtos y limoneros y macetas coronadas,

«Descollando sobre el rojo búcaro de tus murallas, un canastillo de flores azules, rojas y blancas!

«Reina feliz de la sierra! ¡trono de hermosura y gracia! ¡de la abrasada Salem tienda en los campos plantada!

«¡La besada por los ríos! ¡la de nubes de oro y grana entre celages de fuego noblemente coronada!

«De tus huertos los aromas te lleva el viento en sus alas; las peñas en su ladera te ofrecen mullida cama:

«Y hasta en las quiebras del monte para tí brotan y saltan ricos cordones de flores que hasta tu cintura bajan.

«¡Sombra amiga en el desierto! ¡ancho puerto en la borrasca! ¡para el que sediento llega arroyo de limpias aguas!

«¡Patria mía, donde un tiempo mi dulce sueño arrullaban la voz de tus arroyuelos y el susurro de tus palmas!

«¡Donde, al volver victorioso de las huestes castellanas, en las miradas de un ángel mi mejor premio encontraba;

«Que en mi corazón caían dulces, amorosas, blandas, como el matinal rocío sobre la rosa encarnada!

«¡Alá te guarde, Antequera, del cristiano y de sus armas, y tal sea tu fortuna como es grande mi desgracia!

«¡Adios, jardín de la vega; adios, rival de Granada; adios, quizá para siempre, adios, Patria de mi alma!

Cayó el moro; y lastimero
el eco de la montaña
repitió el triste quejido
de sus últimas palabras.

—Poco despues, á lo lejos,
se vió una ráfaga blanca
cruzando los olivares
y hundirse en una cañada;
Era el alquicel turquesco
del moro que se alejaba,
tendido á todo el escape
de su yegua gerezana.

J. R.

UN MAR SIN PUERTO,

NOVELA ORIGINAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

CONTINUACION.

XII.

El sacerdote y Fausto quedaron de nuevo solos.
Este se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro con las manos.

Así pasaron algunos instantes; de pronto y como si un impulso secreto le obligase á ello, el asesino se levantó y aproximándose al padre Carlos.

—Padre mio, murmuró dejándose caer á sus piés. No sé lo que la suerte me guarda en este momento. La fatalidad nos impulsa á veces á cometer acciones que luego lloramos toda la vida. ¡Oh! solo en presencia de la muerte es cuando vemos con toda claridad la nada de la existencia; solo en presencia de la muerte es cuando pensamos en la eternidad.

—Sí: tiene V. razon, por que la muerte es la que nos abre sus puertas. Pero ese médico, ese médico que no llega!

—No tardará, Dionisio es fiel y.... pero ya vé V. que los que no existen no necesitan sino plegarias y oraciones, mientras que los que aun vivimos necesitamos amparo y socorro.

—Pero qué quiere V. decir, caballero?

—Quiero decir que ese cadáver me aterra, que hiela mi sangre, que me obliga á volver en mí, á fijar los ojos en mi conciencia, en mi alma, á la

cual en este momento llama Dios por medio de un remordimiento terrible y doloroso, y que para librar mi pecho del peso que le oprime, necesito purificarla con la penitencia y el perdon.

—Como! yo no comprendo...

—Que no me comprende V.? un ministro del Altísimo, un mensajero de aquél Dios que dió su vida por la redencion de los culpables.

El padre Carlos apenas podia adivinar el pensamiento de Fausto.

Mil dudas agitaban su espiritu, mil ideas confusas rodaban sin concierto por su cerebro, exaltados por los dolórosos y estraños acontecimientos de aquella noche.

—¿Que no me comprende V.? repetia Meran; que no me comprende V. cuando le pido que me oiga en confesion.

—Qué dice V.? exclamó el padre Carlos asombrado; ¿ahora? ¿aquí...?

—Sí! aquí donde Dios me llama, aquí donde Dios me inspira! aquí, y antes del turbion embravecido de pasiones que agita mi pecho, se desate en furiosa tormenta que me ciegue para siempre y me roben para siempre la luz.

El padre Carlos vaciló: temió ser víctima de un engaño, de una infamia; pero antes que hombre era sacerdote, y el sacerdote no puede rechazar al pecador, sean cualesquiera las circunstancias en que le encuentre en su camino.

Fausto que adivinó quizá esta indecision, quiso poner fin á ella y sin dar tiempo á que el padre Carlos pudiera impedirlo tomó su brazo, y le arrastró consigo fuera de la alcoba.

Al salir hizo llamar á una doncella, y le dió orden de no separarse del cuerpo de Elena, y de prodigarle prontos auxilios en caso que diera señal alguna de vida, avisándole en el acto ú esperando allí la llegada del doctor.

La doncella consternada y sorprendida por aquél repentino accidente, penetró en la estancia turbada y trémula, mientras Meran salia al salon, cerraba con rapidez sus dos puertas y se dejaba caer á los piés del sacerdote, empezando la confesion de sus faltas, con más prisa que sincero dolor.

El padre Carlos dominado por la situacion, vencido por las circunstancias, y sobre todo impulsado por la gran bondad de su alma, permaneció inmóvil y escuchó hasta el fin las palabras de Fausto. Durante aquél estraño relato, las mejillas del sacerdote se tornaron pálidas ó se encendieron con los colores de la indignacion y el asombro; pero ministro de Dios ante todo, supo dominarse y responder al cabo únicamente con frases de conmiseracion y de misericordia.

En aquél momento se dejaron oir en la parte ex-

terior, algunos pasos precipitados, y el eco de una voz que decía:

—Abrid pronto, aquí está el doctor.

XIII.

Ya era tiempo.

Meran se levantó rápidamente.

El padre Carlos le imitó, dirigiéndose á la puerta con inusitado afán.

Fausto le miró abrirla con una espresion irónica y diabólica en la mirada.

—Oh! murmuró, ahora estoy cierto de que á nadie revelarás las sospechas que sentías alzarse en tu pensamiento, por que el deber del confesor sellará los lábios del hombre: nada temo pues, estoy tranquilo.

Entretanto el ministro de Dios habia franqueado la entrada al doctor Dubois, tan ardientemente esperado por él.

Despues de lo que acababa de oír, sabia muy bien que la desdichada Elena habia muerto, y que la ciencia nada podia, ante un hecho consumado.

Pero se dirigió sin embargo al lado del cadáver, y se colocó anhelante junto al hombre de la ciencia, que tambien se acercó hasta allí.

La esperanza es el último consuelo que abandona el corazón del hombre mientras está sobre la tierra, y apesar de su profunda convicción, el padre Carlos aguardaba el fallo del doctor con un afán que no sabia explicar.

Qué esperaba?

El mismo no lo sabia.

Quizá que Fausto confesase la verdad. Quizá que aquél accidente fuese una asfixia, y que podia aun la jóven volver en sí aplicándole los medios oportunos para aquél caso.

El noble sacerdote, incapáz de una ficcion, de una farsia, habia creído en el arrepentimiento de Meran, habia creído en su remordimiento, en su pesar.... Oh! no podía sospechar que aquella confesion, aquél dolor, eran una infame comedia, era una farsa completa; era ¡ay! era el candado que el culpable habia puesto sobre sus lábios, era la valla insuperable que el asesino habia colocado entre el hombre que sospechaba su crimen y el confesor que no podia revelarle. Era en fin la impunidad para el culpable y la impotencia para el ministro de Dios.

Oh! Fausto sabia muy bien que aquel secreto era ya inviolable, y habia asegurado su tranquilidad para en adelante.

Podia estar seguro por aquél delito, podia mirar con entera calma á el porvenir.

Por eso en aquél instante y libre de un peso enorme, una sonrisa siniestra vagó en sus lábios, y

dijo para sí mientras se adelantaba á recibir al doctor.

—Acabo de salvar un escollo terrible, y ahora puedo ocuparme de otra cosa.

Y se acercó á Dubois, y tendiéndole la mano murmuró algunas palabras en voz baja que solo el doctor pudo oír, pero acompañadas de una mirada tan significativa, que no dejaba duda de que existia entre los dos una secreta inteligencia.

—Qué es esto? preguntó el doctor dirigiéndose al gran señor, ¿qué es esto que ha pasado aquí?

—Que nuestra pobre enferma ha sufrido una crisis terrible y despues....

El padre Carlos se adelantó en su afán y mirando al doctor, se atrevió ha esclamar.

—Oh! acuda V. caballero, acuda V. pronto en su auxilio; quizá sea tiempo de devolverle la vida; quizá....

—Es inútil! exclamó el médico despues de mirar fijamente á Elena; es inútil está muerta!

—Pero....

—Este accidente es muy natural: yo lo esperaba.... es decir yo lo temia, y mis vaticinios se han realizado.

—Y nada hay que hacer ya? murmuró el padre Carlos tristemente.

—Oh! nada, esta dolencia es demasiado conocida para que deje esperanza alguna.

Los lábios del padre Carlos se movieron por un instante, pero ni una frase se escapó de ellos. En cambio sus ojos se fijaron en Fausto de una manera indescriptible.

Este esquivó aquella mirada, fijando su atencion en el médico, cuyas palabras y cuyo acento tenían algo de significativo para él.

Entre tanto el ministro de Dios se arrodilló junto á aquél lecho, y comprendió que solo le restaba rogar por el alma de Elena, pues esto únicamente podía hacer en su favor.

XIV.

Monsieur Dubois, el doctor francés escogido por Fausto, para prestar los servicios de su ciencia á aquella noble familia, llenó las formalidades de costumbre para dar fé de que la condesa Elena habia dejado de existir, á consecuencia de una aneurisma en el corazón.

¿Sabia Dubois la verdadera causa de aquella muerte?

Era engañado, ó era cómplice de Meran?

¿Acaso, á la ciencia de que blasonaba, se habia podido ocultar aquél crimen?

Todas estas preguntas se las hacia el sacerdote, sin hallar respuesta á ninguna de ellas.

Y sin embargo, ni una frase podía aventurar, ni un solo paso podía dar que le llevase al esclarecimiento de la verdad.

Deberes hay muy grandes y muy penosos de cumplir, por cierto!

El doctor despues de ejecutar cuanto sus funciones de médico le prescribian, salió del salon y se dejó acompañar de Fausto, que manifestando ante sus criados el más profundo dolor, se dirigió con él á la puerta de la estancia.

Antes de llegar á ella, el doctor aprovechó un instante en que nadie les observaba, y murmuró al oído de Meran.

—Cuando nos veremos?

A estas frases, dichas sin mover apenas los labios, contestó este del mismo modo.

—Esta noche en mi despacho, por la puerta del jardín.

—La hora?

—Antes de las doce, por que despues....

—No os olvideis de nada.

—Ah! con que aun...?

El médico miró á Fausto de un modo extraño; sus ojos reflejaron la sorpresa mas estremada y parecieron interrogar á su interlocutor.

Pero no era aquella hora de detenerse en vanas palabras.

Habia quien podia observarlos, y saludándose mutuamente, se estrecharon las manos y se separaron sin que nadie se apercibiera de aquella misteriosa cita.

XV.

Cuando el médico llegó á la escalera, toda la servidumbre allí reunida, se acercó á él con las muestras del mayor respeto deseando saber la verdad del estado de la enferma.

—Ha muerto! exclamó este con voz breve, y sin interrumpir la marcha; esto lo tenia yo previsto: no habia esperanza para ella.

Tal noticia, revelada con tanta frialdad, llenó sin embargo de duelo á aquellos fieles criados que prorumpieron en sollozos amargos, último tributo que de su cariño podian dar á la infortunada jóven.

—Oh! bien decia yó que este hombre no entendia el mal de la pobre señorita; exclamó la anciana ama de llaves, ¡si se le conocia en la cara que no podia hacer nada bueno!

—¡Y el señor Fausto empeñado en que él la habia de asistir! añadió una jóven de aspecto simpático y agraciado semblante. Oh! mi señora no le queria, ni tenia fé en sus remedios, que la empeoraban siempre, pero él....

—Como que desde que el señor conde enfermó,

es aquí el amo, es el dueño absoluto, dijo un tercero; pobre señorita Elena! que lástima! tan amable, tan bondadosa, y morir cuando empezaba á cruzar la vida!

Y así sucesivamente siguió cada cual manifestando sus sentimientos, y comentando aquella desgracia tan sentida.

Fausto entretanto se habia encerrado en su cuarto, dando orden de no recibir á nadie, y dejando á su mayordomo al frente de la casa en aquél dia que debia ser de duelo.

CAPITULO IV.

I.

El sacerdote esperó algun tiempo la vuelta de Meran.

Para qué?

Él mismo no lo sabia!

Sin embargo, aquél crimen cometido casi en su presencia y el cual iba á quedar sin castigo, le llenaba de justa indignacion, y escitaba su pesar hasta el extremo de lamentar la ineficacia de la justicia humana, que así se deja engañar por las apariencias ó por la astucia.

El ministro de Dios que sabia toda la verdad de aquél delito, que habia leído hasta la última página de aquella historia de lágrimas, se sentia agitado y turbado en presencia de Elena, cuya muerte iba á dejar impune, por aquella inesperada confesion que le impedia presentarse como acusador, señalando á Fausto como autor de un asesinato.

La astucia de que habia sido victima, no se escapó á su penetracion, pero ya era tarde cuando lo comprendió!

Además, ¿hubiera podido obrar de otro modo que lo habia hecho?

Podia en su calidad de ministro del Altísimo, haber rechazado á Meran, cuando este se arrojaba á sus piés demandando piedad y misericordia?

Oh! no! de ningun modo!

En la duda de si su arrepentimiento era sincero, no podia rechazar al pecador que le pedia perdon y consuelo.

Por eso le esperaba aun en aquél sitio, para ver de qué modo iba á obrar, que era lo que se proponia hacer.

Fausto no solo habia sido asesino, sino que tambien habia sido sacrilego.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Variedades.

EL LEON.

En los países calientes los animales terrestres son más grandes y fuertes que en los climas fríos ó templados, y también más osados y feroces, de manera que todas sus cualidades naturales parece participen del ardor del clima.

El *leon*, nacido bajo el sol ardiente del Africa, ó de la India, es el más fuerte, fiero y terrible de todos; y nuestros lobos y demás animales carnívoros, lejos de ser sus rivales, apenas merecerían ser proveedores suyos.

El leon, cogido cachorro y criado entre animales domésticos, se acostumbra con facilidad á vivir y aun á jugar inocentemente con ellos. Es apacible y aun cariñoso para con sus dueños, especialmente en la primera edad; y si en ocasiones muestra algo su fiera natural, rara vez la emplea contra los que le han hecho algun bien. Pero como sus movimientos son muy impetuosos, y sus apetitos vehementísimos, no es de presumir que las impresiones de la educación puedan siempre contrarestarlos; por lo cual sería peligroso dejarle padecer hambre por mucho tiempo, ó exasperarle atormentándole sin motivo, pues además de irritarse del mal trato, conserva su memoria y parece que medita la venganza; mas su cólera es noble, su valor magnánimo y su índole agradecida. Se le ha visto varias veces desdenarse de enemigos débiles, despreciar sus insultos, y perdonarles sus libertades ofensivas. Reducido á cautiverio se le ha notado entristecerse sin irritarse, y por el contrario adquirir hábitos suaves, obedecer á su amo, halagar la mano que le sustenta, perdonar á veces la vida á los que estaban condenados á muerte, arrojándose por presa; y como si hubiese obligado, mediante este acto, á ser generoso, continuarles después la misma protección, vivir tranquilamente con ellos, darles parte de su alimento, dejarse á veces quitar todo entero, y sufrir mas bien el hambre que perder el fruto de su primer beneficio. También podría decirse que el leon no es cruel, sino por necesidad: siendo constante que solo destruye lo que ha menester para sustento, y que cuando se ha saciado queda pacífico.

El exterior del leon no desmiente sus grandes cualidades interiores. Su figura es magestuosa, el mirar osado, el andar fiero, y la voz terrible. Su corpulencia es tan bien dispuesta y proporcionada, que el cuerpo del leon parece ser el modelo de la fuerza unida con la agilidad. Esta fuerza se manifiesta exteriormente por los saltos y brincos prodigiosos que dá el leon con el mayor desembarazo, por el movimiento impetuoso de su cola, capaz de derribar á un hombre; por la facilidad con que mueve la piel de su rostro, y principalmente la de la frente, lo cual dá mucho realce á su fisonomía, ó por mejor decir, á la expresión de su furor; y en fin por la facultad que tiene de menear su melena, no

solo erizándola, sino moviéndola también á todos lados cuando está irritado.

El andar ordinario del leon es fiero, grave y lento, aunque siempre oblicuo: no corre con igualdad, sino á saltos y brincos, y sus movimientos son tan precipitados, que no pueden pararse de repente, y casi siempre pasa más allá de su objeto. Al arrojar-se á la presa dá un brinco de cuatro á cinco varas, cae sobre ella, la ase con las garras delanteras, la despedaza con las uñas, y después la devora con los dientes.

Mientras que es jóven y conserva su agilidad, vive de la caza, y rara vez sale de los desiertos y selvas, donde encuentra bastantes animales silvestres para subsistir sin trabajo; pero cuando llega á ser viejo, y se halla pesado y poco apto para el ejercicio de la caza, se acerca á los parajes frecuentados, y es más perjudicial para el hombre y para los animales domésticos. Se ha observado que si vé hombres y animales juntos, se tira siempre á los animales, y nunca á los hombres, á menos que estos le hieran, porque entonces distingue maravillosamente al que acaba de ofenderle, y suelta su presa por vengarse.

En los abrasados desiertos Biledulgerid ó de Zara, cuyas llanuras están cubiertas de arenales ardientes, es donde principalmente se hallan aquellos leones feroces, que son el terror de los caminantes y el azote de las provincias comarcanas. Por fortuna su especie no es muy numerosa, y aun parece que cada día se va disminuyendo. Asimismo se ha notado que en Turquía, en Persia y en la India son ya menos comunes que lo eran antiguamente; y siendo presa de este animal poderoso y valiente los demás animales, sin serlo él de ninguno, no puede atribuirse la disminución de su especie mas que el aumento de la del hombre.

Admiremos la conducta de la Providencia. La tierra se hizo para el hombre, y de cualquiera parte á donde viene á fijar su domicilio huyen los animales cediéndole el lugar. Crece la industria de este rey de la tierra segun se aumenta el número de hombres: la de los animales permanece casi siempre la misma. Todas las especies dañinas, como la del leon, van á establecer su imperio á los lugares de donde el depotismo y los ultrajes hechos á la humanidad han desterrado al hombre. Mas á proporcion que las sabias leyes le permiten reclamar su herencia, y entregarse al cultivo y á las artes, expelidos y desterrados los animales dañinos á las regiones áridas, insensiblemente se van disminuyendo no solamente por lo que se ha multiplicado el hombre, sino porque, cada día más ingensoso, ha llegado á fabricar armas irresistibles.

Así es como vuelve al orden que Dios le destina, y entra en la posesion de sus derechos sobre la tierra que se le asignó por morada.

E.

Seccion Doctrinal.

CONTINUACION.

Su hermanito, que obligado por el hambre, habia tomado ya la pobre sopa del hospicio, aunque mojándola con sus lágrimas, se desesperaba y suplicaba en vano al infeliz enfermito, sin que este quisiera oírle.—Come, le decia, con angustia, come por Dios; porque si nó, dicen que te vas á morir y me vas á dejar solo aquí! Él siempre contestaba moviendo la cabeza y callando; ¡es verdad que aunque ya hubiera querido ceder á aquellas súplicas hubiese sido inútil porque habia perdido las fuerzas!—Come, repetia el huerfanito á su hermano moribundo: come, la sopa no está ya tan mala; yo he comido mucha hoy! tenia tanta hambre! có-mela tú! Pero ¡ay! ni el movimiento de sus labios ni el de su cabecita contestaban aquellas palabras, que no eran oídas ni entendidas ya. Pocas horas despues, el hospicio tenia un niño menos, el cielo un ángel más y el mayor de los dos huerfanitos lloraba solo en el mundo! Un día vinieron á buscarle, y el desventurado bajó corriendo á la portería, para ver quién le llamaba. Era su antigua criada, era la hermana de Juan, y Juan tambien que venian á visitarle. La buena mujer lloró de pena al mirar el estado de tristeza y desaliento en que se hallaba aquel á quien habia visto tan dichoso.—Si yo fuera rica, le dijo entre sus lágrimas, te vendrias conmigo; pero tengo tan poco que ofrecerte! el niño al oír estas palabras se abrazó de su cuello y le dijo con afán. Oh! llévame, llévame contigo: ya cómo de todo! no te pediré nunca más que lo que me puedas dar; seré muy bueno, pero sácame de aquí, para que no me muera como mi hermano. solito, y á oscuras en aquella sala tan grande!—Hijo mio!—Oh! por Dios, llévame contigo! tú que querías á mi madre, me querrás á mí tambien; llévame, y yo comeré solo pan y naranja como tu hermano, porque ya tomo lo que me dan, y me han enseñado á no pedir mas! las sopas me gustan... y todo me parece bueno desde que ví que mi Julio se murió por no comer, y oí que le decian que no iria al cielo por no haberse contentado con lo que Dios le enviaba. La honrada mujer no pudo resistir aquellos ruegos y se hizo cargo del huerfano. Se lo llevó consigo, le enseñó á ganar trabajando su modesto sustento, y sobre todo, le enseñó á bendecir á Dios porque se lo daba, haciéndole un hombre honrado, que era feliz en su pobreza y que solo echaba de menos á aquél hermano que habia muerto tan abandonado de todos, y que á no ser por su fatal obstinacion hubiera podido, como él, vivir y ser dichoso.

—Qué lástima! pobrecito niño!

—Y veria á su mamá en el cielo?

—Quien sabe hija mia! los designios de Dios son inescrutables; pero indudablemente si se hubiese resignado como su hermano, sus padres hubieran tenido en la eternidad gloria mayor, porque aun allí su alma se entristecería viendo sufrir á su hijo, por no haberle enseñado á tiempo á no despreciar, á no rechazar los manjares modestos, dones de un Dios misericordioso.

—Es verdad; si hubiese estado acostumbrado á comer de todo, no se hubiera muerto.

—Luego, hijos míos, el ser melindrosos y delicados no es solo un mal para nosotros: es además una falta.

—Una falta?

—Sí: y muy fácil de remediar. Cuando un mendigo llega á nuestra puerta y le damos las sobras de nuestra mesa, es indudable que si le viéramos hacer un gesto de repugnancia, nos causaria enojo y le llamaríamos desagradecido.

—Es cierto.

—Y entonces, ¿por qué lo haces tú, Carlos? te crees de otra condicion que el pobre, ó piensas que debes á Dios menos gratitud por el sustento tan bueno y tan abundante que te dá, que el pordiosero te debe á tí, que le ofreces las sobras de tu mesa? Aquél infeliz toma lo que le das con alegría y sin decir nunca si le gusta ó nó: ¡y aquél infeliz es tu hermano! ¡Y aquel mendigo, con una palabra, con un pensamiento puede Dios ponerle en tu lugar, y colocarte á tí en el suyo! Dale gracias, hijo mio, dale gracias porque no lo hace; y muéstrale que no eres indigno de sus beneficios, siendo agradecido á ellos, y aceptando con gusto y con reconocimiento cuanto su mano te brinda por conducto de la mia.

—Oh! yo lo haré así, mamá, y si hasta ahora he obrado de otro modo, ha sido porque jamás habia pensado en esos pobrecitos que van por la calle sin tener otra cosa que lo que le queremos dar, y sin probar nunca los dulces, las golosinas y las buenas cosas, que tú me guardas; yo lo haré así, y cuando algun plato no me guste, me acordaré de aquella niña tan chiquita que pide limosna en la puerta de enfrente, y que come lo que recoje sin poder decir nunca que le hagan otra cosa, por que aquello no le gusta.

—Yo tambien lo haré, dijo Luisita; y además, cuando tenga fruta ó dulce le guardaré un poquito á la niña mendiga para que lo pruebe, ya que su madre no puede comprárselo porque es pobre, y ella es mi hermanita ante Dios.

VII.

LAS DOS ROSAS

—Ya que habeis almorzado, hijos míos, es preciso que os disponiais para ir á la clase: tú, Carlos, quitate esa ropa, y despues de lavarte bien, ponte la que te sirve para el colegio; y tú, Luisita, haz lo mismo que tu hermano.

—Pero mamá, si estoy bien así; mira mis manos, están limpias y mi cara tambien.

—No hijo mio; no puede ser: todos los días es preciso peinarse y lavarse dos o tres veces cuando menos.

—¡Tanto!

—Al levantarse, al disponerse á salir, y despues de la comida.

—Si yo quiero lavarme y peinarme, pero ahora...

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

IMP. DE LA MADRE DE FAMILIA.—DARRO 15.